



HQN™

*El viento
me contó
un secreto*

M.C. SARK



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 M^a Cristina Carratalá

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

El viento me contó un secreto, n.º 147 - febrero 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-687-9470-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

El viento me contó un secreto (HQÑ) (SpanishM.C.
Edition) Sark

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro...

A mi familia y amigos.

Prólogo

Comprobó que el horno estuviera encendido.

«¿Dónde habré metido el peso?»

Abrió un par de puertas de los armarios de la cocina hasta encontrar lo necesario.

«A ver... Este cuenco me vendrá bien».

Sin titubeos, se dirigió hacia el frigorífico como si fuera una coreografía mil veces ensayada.

«Uno, dos... y tres huevos».

«Y, ahora, a pesar el azúcar».

Sandra sonrió al meter el dedo en la mezcla tras batirla a conciencia y comprobar que la textura y el sabor eran perfectos.

«Le toca el turno a la leche y al aceite. Mmm, ¿cuáles eran las cantidades exactas?».

Pasó la página de la libreta que tenía sobre la bancada de la cocina donde apuntaba todos sus experimentos culinarios y asintió con una sonrisa en los labios. Aquel cuaderno tenía años y estaba lleno de garabatos, de sencillos dibujos y de apuntes con su letra apretada. Las hojas cargadas de tinta estaban envejecidas de tan sobadas, y el ruido que emitían al pasarlas le traía cierta nostalgia. Llevaba desde su juventud anotando cosas en él.

Abrió uno de los armarios de la parte superior, sacó un vaso medidor y, tras añadir los ingredientes, continuó con la tarea de mezclarlos bien.

«Harina y levadura».

En ese punto de la receta Sandra ya no pensaba en nada, salvo en la masa del bizcocho que llevaba entre manos. El trabajo en la cocina cumplía su función, empezaba a relajarse y a olvidarse de todo.

«Despacio, Sandra, que no queden grumos», se animó.

Cuando añadió la ralladura de limón, cerró los ojos y aspiró profundamente. Aquellos olores le devolvían un sinfín de recuerdos de su niñez, sobre todo, de aquellos interminables veranos en casa de su abuela. Su boca se torció en una media sonrisa al acordarse de los manotazos que siempre recibía cuando intentaba meter algún dedo en la masa. Ella había hecho lo mismo después con su hija.

Negó con la cabeza para alejar la distracción y siguió trabajando la mezcla. No tardó mucho en tenerla en el punto que consideró justo para verterla en el molde que metería en el horno. Lo hizo y eso le arrancó un suspiro de satisfacción. Ahora solo quedaba verlo crecer, olía de maravilla.

Por unos instantes, se quedó mirando la cuenta atrás del temporizador sin pensar en nada —cocinar conseguía tranquilizarla y evadirla de cualquier problema—, pero empezó a impacientarse y sus dedos tamborilearon sobre la banca de piedra.

«¿Y si preparo también una tarta de manzana?».

1

No se oía un alma.

Ni tan siquiera el ruido del viento, que había sido el protagonista todas las noches de aquella semana, perturbaba hoy la paz que flotaba en el ambiente.

Con los ojos cerrados, Sandra respiró profundamente. Qué bien podía uno llegar a sentirse mientras se aprovechaba de algún pequeño placer. Duraba un instante, cierto, pero durante ese breve lapsus de tiempo, qué perfecta podía ser la vida.

En ese punto de sus pensamientos se presionó la nariz con los dedos y, durante unos segundos, sumergió la cabeza en el agua caliente. Mente en blanco, dulce sopor... Momento feliz.

Antes de encontrar aquella casa, mientras buscaba el que sería su nuevo hogar, lo único que deseaba era vivir alejada de todo y de todos. Y esa zona, lo suficientemente distanciada de Salamanca como para no ser un ruidoso barrio, pero cerca para aprovecharse de sus servicios, le pareció el lugar ideal. En aquella urbanización a medio construir, Sandra se sentía lejos del molesto ruido de calles y gentes, lejos de los conocidos que la abordaban sin cortarse en mitad de la acera y le preguntaban por su divorcio, lejos de su familia política, lejos de todo.

Cuando por fin llamó a la inmobiliaria para visitar las parcelas disponibles, tuvo un flechazo al entrar a la primera de ellas. Se enamoró al instante del aquel pequeño patio trasero y, casi sin querer, se descubrió pensando cómo convertirlo en un íntimo jardín. Mientras el vendedor hablaba sin parar de las particularidades de la propiedad, ella imaginó cómo se vería con algún árbol ya crecido que le diera intimidad, con unas losetas de madera colocadas sobre el sue-

lo de tierra compactada para formar una zona de estar y con un par de tumbonas repletas de cojines de mil colores situadas junto al muro de la vivienda colindante. La cercanía a la valla le proporcionaría cobijo del viento y podría usarlo, siempre y cuando fuese bien abrigada, hasta en invierno. Aquella pequeña parcela era perfecta, íntima y acogedora, y aunque, en ese momento, el jardín se veía deslucido y abandonado, ella ya tenía otra imagen en mente.

Mientras se perdía en sus pensamientos las comisuras de sus labios se curvaron hasta formar una sonrisa.

El vendedor le hizo dar la vuelta a la casa para entrar por la puerta principal. Seguramente pensaría con ello impresionarla, y en parte lo consiguió. Si lo apacible del terreno que circundaba la vivienda era, de alguna forma, algo que ella buscaba, el silencio, la claridad y amplitud del interior la convencieron un poco más. Al abrir las dobles puertas que daban al salón, Sandra tuvo que cerrar la boca para contener una exclamación de asombro. Dos grandes ventanas metían el jardín en la estancia y bañaban de luz el suelo de tablas de madera.

El sonido de los pájaros, la suavidad con la que el sol inundaba el salón, el olor a romero... Todo formaba parte del paquete.

Se dejó llevar por la inercia y se aventuró a explorar.

La magnífica chimenea francesa que presidía la sala tenía encajado en su interior un hogar de hierro fundido, cerrado con una puerta de cristal, que le hizo soñar con cálidas tardes de manta y lectura, recostada en su sofá. Un muro revestido de pizarra separaba esta pieza de la espaciosa cocina. La independizaba, ocultándola en parte de la vista, pero la comunicaba sin obstáculos; no había puertas.

Se anticipó al vendedor y se lanzó a subir la escalera.

En el piso de arriba, las distintas dependencias tenían el encanto de encontrarse bajo aquel juego de tejados inclinados en distintos planos. Había dos dormitorios amplios, con armarios y baño privado, e incluso encontró el rincón perfecto para instalar su despacho: un hueco en mitad del pasillo, recogido pero espacioso, presidido por una peque-

ña salamandra de hierro fundido y azulejos antiguos, que tenía sabor a siglos pasados. A ese pequeño rincón le encontró un inconveniente, aquella ventana que, con sus fantásticas vistas de Salamanca en la línea del horizonte podría distraerla de su trabajo, pero, por otro lado, ¿qué mejor inspiración que una noche estrellada con la ciudad iluminada a lo lejos? Seguro que sería un lugar inmejorable para escribir, soñar sus historias y perderse entre las musas.

Cada una de las estancias que visitaba le persuadía un poquito más a elegir la casa, pero lo que realmente le convenció a decir sí, quiero esta y no otra, fue aquel cuarto de baño. Más que el baño en sí, la magnífica bañera de porcelana antigua con patas de garras de león en la que estaba metida en ese mismo instante. Aquella tina se había convertido en su masajista, en su confidente y en el proveedor de momentos dichosos como el que ahora tenía lugar.

Con las luces apagadas, dejando que fuera la luna quien iluminara la estancia, Sandra se relajaba en el agua caliente. Con los ojos cerrados, respirando despacio, disfrutando del olor a almendras de las sales de baño y relajándose de las tensiones del día.

El ronroneo del motor de un automóvil que se acercó sigiloso interrumpió su momento de relax, le hizo abrir los ojos y escuchar con atención. En la zona donde vivía no había grandes avenidas, ni carreteras cercanas, y los vehículos que transitaban la zona no iban a toda velocidad. Probablemente, si no hubiera estado intentando concentrarse en el silencio nocturno ni siquiera se habría dado cuenta, pero eran las cuatro de la mañana, y no dejaba de ser extraño que un vehículo circulase por aquellas tranquilas calles a horas tan intempestivas.

Se removió inquieta al pensar que su hija dormía, que estaban solas en aquel caserón y que aquella era una urbanización alejada con muchas parcelas aún vacías. Se enderezó y prestó atención. ¿Y si era un ladrón? ¡Maldita sea! Tendría que decidirse ya de una vez a contratar los servicios de una central de alarmas.

El subidón de adrenalina remitió cuando por fin escuchó girar una llave y el suave rodar de una puerta recién engrasada. Su cerebro hizo conjeturas a toda velocidad y su boca se abrió para decirlo en voz alta mientras ahogaba un suspiro de alivio:

—¡Qué tonta! ¡Son los nuevos vecinos!

A lo largo de toda la semana, Sandra había sido testigo desde su ventana de la llegada de un enorme camión de mudanzas que había descargado cajas y más cajas, muebles y enseres personales, y de una empresa de servicios que se encargó de la instalación del mobiliario y de una limpieza general. Todo el proceso fue dirigido por un anciano encantador que, en un primer momento ella confundió con el nuevo propietario, pero que debía ser algún tipo de administrador, porque una vez terminado el trabajo, desapareció junto al resto de los operarios dejando la casa vacía. Los que ahora entraban debían de ser los inquilinos. Pero ¿quién llega a su nueva casa de madrugada?

Se revolvió en la bañera con la intención de ir a mirar, consiguiendo con ello que el agua rebosase y formase un pequeño charco en el suelo. Asustado, Decker, el enorme gato atigrado que vivía con ellas desde que se mudaron, salió despavorido corriendo de la habitación mientras maullaba de forma lastimera.

Chorreando, sin molestarse en coger siquiera el albornoz, correteó descalza por el baño hasta llegar a la ventana, pero solo llegó a tiempo de ver cómo un gran vehículo todoterreno de color negro arrancaba para acceder al interior del garaje. Sin sus gafas no pudo distinguir quiénes lo ocupaban, tan solo percibió un rostro desdibujado tras el cristal sentado al volante. Entrecerrando los ojos para enfocar le pareció entrever que el conductor llevaba barba, nada más.

¡Qué misterio! ¿Quién habría alquilado la vivienda de al lado?

Un escalofrío recorrió su espalda mojada y buscó con rapidez una toalla.

—¿Y tú qué miras? —El gato había vuelto y ocupaba su puesto de honor sobre el taburete, como una figura sobre su pedestal. Esta vez el animal no se inmutó y permaneció inmóvil, tan solo la siguió con la vista como si estuviera analizando y memorizando sus movimientos.

Sandra dirigió la mirada a su reloj de pulsera, que descansaba sobre la repisa del lavabo para ver la hora, pero como seguía sin llevar las gafas, más que verla, la intuyó. Era bastante tarde, otra noche en vela sin avanzar nada.

Suspiró.

Decidió secarse un poco el pelo y acostarse.

Mientras se ponía el pijama al amparo de la oscuridad vio cómo se encendía una luz en la vivienda contigua y, de nuevo, retiró un poco la cortina para mirar.

¿Quiénes serían sus nuevos vecinos?

2

—¡Mamá! —El tono de voz de Mercedes sonó estridente en los oídos de Sandra—. ¿Qué haces levantada?

—No podía dormir.

La joven la miró detenidamente.

—Me encanta desayunar contigo, mamá, pero sabes que salgo pitando y apenas me siento dos minutos. ¡No merece la pena que te levantes! Así que ahora cuando me vaya, de rechita a la cama.

Sandra sonrió y observó a su hija, que se había puesto en cuclillas para saludar al gato, empeñado en llamar su atención restregándose una y otra vez por sus vaqueros, antes de sentarse en la barra de la cocina y compartir con ella el desayuno.

Mercedes tenía diecinueve años y era una especie de clon suyo.

De mediana estatura, esbelta y de compleción atlética, piel blanca, larga melena castaña con reflejos cobrizos y ojos verdes. Pero todo su parecido era físico, en el carácter había salido a su padre. Aunque, al menos, había heredado de él las cosas buenas, aquellas que la enamoraron. Igual que Julio, era una persona lanzada y decidida que tenía muy claro lo que buscaba en la vida. No como ella, que siempre había ido a remolque de los demás.

—¿Aprovechaste la soledad nocturna? ¿Has empezado la novela?

El gesto de Sandra se torció. La novela. Llevaba días, semanas, con eso, y no conseguía comenzar.

Suspiró y miró hacia otro lado. No podía decirle a Mercedes que se había pasado parte de la noche haciendo solitarios.

El caso era que hacía varios días que ni siquiera se sentaba a intentarlo, se sentía como si hubiera perdido las ganas de escribir.

—No, aún no he escrito una sola línea.

—Pero ¡si ya lo tenías todo! Argumento, personajes, localización...

—No me convence. Tengo que madurarlo un poco más.

—Llevas así semanas, mamá.

—Aún no estoy preocupada —mintió Sandra intentando darle a su voz cierto tono de indiferencia.

Mercedes la observó. Puede que su madre intentase convencerse de que ese bloqueo no era nada, pero la tensión en sus hombros, las ojeras y, sobre todo, ese ademán cada vez más constante de morderse el labio inferior con fuerza, delataban que se encontraba en un estado de ansiedad poco habitual.

—Te toca elegir a ti la peli —dijo la joven en un brusco intento por cambiar el tema de la conversación. Y surtió efecto, porque el gesto de Sandra se relajó.

Los jueves era la noche de chicas oficial. Desde que podía recordar, ese día tomaban el salón y rodeadas de helado, palomitas, chuches y película disfrutaban de una velada juntas. Cuando Mercedes era muy niña veían largometrajes de dibujos animados, pero creció y se aficionó al cine clásico, y ahora veían películas antiguas en blanco y negro.

La joven se levantó, apuró el último trago de café con leche y dejó la taza en el fregadero.

—Tengo que irme ya o llegaré tarde. Piensa en el título y me mandas un mensaje, puedo recogerla al salir de clase.

Mercedes ya estaba colgándose el bolso y tenía en la mano el maletín de su portátil, dispuesta para salir, cuando su madre la detuvo con una sola frase.

—Anoche llegaron los vecinos.

—¿Ah, sí? ¡Por fin! Pensé que esa casa no iba a ocuparse nunca. Esto está tan apartado que algo de compañía no viene mal. Sobre todo porque yo paso los días fuera y tú te quedas sola. ¿Les viste?

—En realidad, no. Escuché el motor de un coche y que entraban a la vivienda de al lado.

—Bueno, si son gente normal y sociable, ya se presentarán.

Se acercó, le dio un rápido beso en la mejilla y abandonó la cocina con pasos enérgicos. Sandra se quedó sentada hasta que escuchó cómo se cerraba la portezuela del vehículo, arrancaba el motor y su sonido desaparecía en la distancia.

Con Mercedes de camino a la facultad tenía toda la casa para ella sola y, aunque estaba cansada, no sentía nada de sueño. Su mirada se perdió dando un rodeo en la inmensa cocina. De líneas ligeras, con cierto toque rústico, aunque moderna y funcional, era uno de los espacios más envidiados de los pocos invitados que tenían en casa. Para Sandra era un lugar de esparcimiento y relax: le gustaba cocinar. Y en momentos como aquel, ponerse manos a la obra con alguna receta era la mejor forma de olvidarse de todo: de su exmarido, de la dichosa novela en la que no terminaba de centrarse, de la presión de su editora por el nuevo material... De todo.

Sin embargo, la curiosidad por los nuevos habitantes de la casa de al lado le hizo saltar del taburete y meter los dedos entre las láminas de madera del estor de su ventana. La valla que separaba las dos parcelas solo le permitía ver el primer piso y la calma era total, las persianas seguían bajadas como si nadie habitase su interior. En fin, habían llegado tarde y estarían aún descansando, ya les vería después.

Sonrió. Tener vecinos le aportaba cierta tranquilidad.

Desde el principio su padre, el señor Domínguez, había intentado disuadirla, la vivienda estaba en una urbanización a medio construir y la zona se veía un tanto despoblada. Pero ella precisaba algo así, en aquel momento le urgía apartarse de todo; buscaba, quería, necesitaba «desaparecer». Y aquel lugar alejado y silencioso le pareció estupendo; precisaba paz para escribir y eso lo tenía allí a manos llenas. Y, además, estaba a tan solo seis kilómetros de la